

Historias de Aquí e de Acolá

- Artesanos de As Pontes, XIV -

Hoy quiero honrar la memoria de un buen artesano, que fue mi vecino del barrio del Campo de la Feria, y que dedicó su existencia a la noble profesión de talabartero. Este magnífico artesano se llamaba Arturo Soto, y su tierra natal fue un pueblecito de Orense. Desde allí cruzó Galicia hasta las tierras del Ortegal, donde conoció a la que luego sería su esposa, la señora Carmen Seoane, que era natural de la Piedra, localidad que hoy pertenece al ayuntamiento de Cariño.

Nuestro hombre, desde su atalaya del Ortegal, le fue fácil indagar el lugar idóneo para instalar un taller de guarnicionería, y de este modo poder ejercer su profesión en una localidad que tuviera ferias periódicas, y con un buen mercado de caballos. Así, pudo encontrar nuestra villa de As Pontes, que entonces contaba con menos de 2.000 habitantes, pero que reunía los requisitos exigidos por Arturo Soto.

Después de unos meses de casado se trasladó con su esposa y suegra hasta nuestro pueblo, instalando su taller de talabartería en la planta baja de la casa ubicada en lo que hoy es la Avenida de Ortigueira. La planta alta le serviría para acomodar su vivienda. De este matrimonio sólo tuvieron una hija, Rosalía, a la que dedicaron todas sus atenciones, consiguiendo darle una buena educación, y, con mucho sacrificio, proporcionarle la carrera de Magisterio.

Pronto la fama de buen talabartero se extendería por toda la comarca, acudiendo a su taller personas que necesitaban reparar su vieja montura o bien encargar una silla nueva para sustituir a la anterior por anticuada.

Cuando su hija contaba pocos años, se enfermó gravemente de una rodilla. Varios médicos la consultaron y no le auguraban nada bueno. Fue entonces cuando Arturo se enteró de que en la ciudad de Vivero un afamado doctor hacía verdaderos milagros en estas dolencias de la rodilla. En su clínica trató a la joven paciente, logrando salvarle la pierna, quedándole una ligera cojera. El doctor le cogió tal cariño a la joven enferma que, cuando llegó la hora de

pagarle al doctor sus honorarios, éste se negó a aceptar cantidad alguna por su trabajo. En agradecimiento, el bueno de Arturo Soto cuando regresaron a nuestra villa, con todo esmero, y usando su buen arte, le hizo una cartera de cuero, repujada por la hábiles manos del talabartero, para que el doctor pudiera llevar su instrumental con toda comodidad. La dichosa cartera causó verdadera admiración entre sus compañeros de profesión y sus amigos de la ciudad de Vivero.

Yo nunca podré olvidar las delicadas atenciones que tuvo conmigo, siendo niño. De todo el barrio, yo era el que tenía el privilegio para jugar sobre una montura pendiente de reparación, que permanecía colgada de un travesaño, anclado en la pared. Así, yo me figuraba que cabalgaba por la pradera, entablando reñidas competiciones con imaginarios rivales, y siempre lograba quedar invicto en aquellas carreras en que todo era fantasía...

Arturo Soto tenía muy bien organizado su horario de trabajo. Era hombre madrugador, dedicando todas las horas del día a su inmensa tarea de hacer monturas nuevas o proceder a la restauración de alguna silla que se había deteriorado por el mucho uso o el paso del tiempo. En las madrugadas de los días feriados, no era necesario el uso del despertador. El alboroto que se formaba, a escasos metros de la vivienda de Arturo Soto, con los gruñidos de los cerdos en el recinto ferial bajo la arboleda, bastaba para alterar el descanso de toda la familia a la hora del alba... Unos metros más allá, potros y caballerías, con sus relinchos, pretendían anular tanto ruido, imponiendo su ley. En la lejanía, el mercado de ganado vacuno y lanar mezclaban sus voces con las de los numerosos feriantes que acudían puntualmente a las famosas ferias de As Pontes....

La clientela de O Albardeiro confiaba plenamente en su buen hacer. Y El Talabartero finalizaba su labor

cuando agonizaba la tarde, momento en que era requerido para subir a la planta superior, reanudando, con su presencia, la vida familiar.

En los meses de verano, casi todos los domingos o en determinados días muy calurosos, era muy frecuente verle dormir la siesta a la sombra de los frondosos árboles, del otro lado de la calzada, enfrente a su casa. Y su sueño era respetado por todos nosotros, los chicos de entonces; alejándonos de su entorno para no interrumpir su merecido descanso. El silencio sólo lo rompía el armonioso canto del jilguero, quien, desde la copa del árbol, arrullaba con sus trinos el profundo y reparador sueño de Arturo, El Talabartero.

La gran pasión de nuestro hombre era la caza. Las cacerías eran toda su ilusión. Después de la Guerra Civil Española, le denegaron el permiso de armas por razón de sus ideas políticas, pero Arturo se las arreglaba para matar el gusanillo de la caza, acompañando a sus amigos cazadores en sus excursiones cinegéticas, permitiéndole usar sus escopetas en lugares aislados, lejos de todo control policial. También dedicaba buena parte de su tiempo libre al deporte de la pesca, en el que demostraba sus grandes conocimientos y mucha habilidad. En su hogar jamás faltó la caza y la pesca.

Arturo Soto tenía un gran sentido del humor, y muy a menudo nos gastaba bromas, adornándolas de tal forma que era un verdadero mago de la palabra para engatusarnos. Nos refería con pelos y señales la complicada caza del "godofello", un bicho raro, de hermosa piel que él mismo valoraba, aplicándola en sus trabajos más delicados. Durante su cacería, era necesario entonar un peculiar estribillo, muy elocuente, iniciando el cántico en tonos muy bajos, para subirlos gradualmente, armándose entonces una gran algarabía. El referido estribillo, todo en gallego, tal como se cantaba en su aldea natal, decía así:

¡Anda, godofello!
¡Ven ao rego!
¡Que Xan da albarda,
aquí te agarda...!

Y así, se repetía una y otra vez, hasta que el godofello, muy asustado, caía en la red, sostenida firmemente entre las manos de la víctima escogida para este menester. Esta pesada broma era variante de la caza del pío pardo, que ya he comentado hace algunos años, y que se aplicaba en nuestra villa a algún vanidoso veraneante al que se pretendía bajarle los humos por sabihondo...

Otra broma de Arturo Soto consistía en tocar el tema de las especies raras de aves migratorias, que acudían a nuestra zona, huyendo de las altas temperaturas de tierras africanas. Él las denominaba "aves del Paraíso". Mi amigo Penaro, que en aquellas fechas prestaba servicio en la casa de los de Ferrerías, justo al lado del taller de El Albardeiro, fue víctima de otra broma del famoso Talabartero. Éste comenzó, como siempre, ensalzando la labor beneficiosa de algunas aves nocturnas, encargadas por la sabia naturaleza para eliminar algunas especies, dañinas para el género humano, tales como serpientes, ratones, escarabajos, etc. A los pocos días, y sin darle mayor importancia, comentaba que, por fin, había localizado el lugar donde ejercía su autoridad un mochuelo de alegres colores, dedicando esta ave buena parte de las horas nocturnas a eliminar, sin contemplaciones, a multitud de alimañas perniciosas para la especie humana. Lo más meritorio era que Arturo, con mucha paciencia, había descubierto el lugar donde anidaba el ave en cuestión. Y ahí, terminaba, por aquel día, su información sobre esta ave nocturna. La curiosidad pronto hizo mella en la mente de Penaro, ansioso para que Arturo le desvelase el lugar donde dormía el "moucho" bienhechor. Al fin, un día que Arturo estaba de mejor humor, sintiéndose más

locuaz que de costumbre, accedió a descubrir, en parte, el lugar donde moraba el ave nocturna. ¡Eso sí! con la condición de no comentarlo a ningún amigo, por temor a que el mochuelo al sentirse expiado por tanta gente, levantara el vuelo, ausentándose definitivamente de su zona de actuación. Poca más información le facilitó, aconsejándole que buscara por su cuenta en las fincas en que el ave había hecho su nido, y como favor muy especial, le dijo que el "moucho" tenía su nido en una col. Y daba la casualidad que las fincas sembradas de coles en nuestro barrio, eran muy numerosas, sobre todo en la zona del Coireiro. A partir de ese día, Penaro, en solitario, tal como le había indicado El Albardeiro, se dedicó a inspeccionar col por col, y finca tras finca, para descubrir el nido del ave rapaz; pero la suerte no le acompañó. De su inútil búsqueda, unos días más tarde, le dio cuenta a Arturo Soto quien le informó, muy apesadumbrado, que, efectivamente, el dueño de la finca al descubrir el nido del mochuelo, había decidido cortar de cuajo la col, evitando así en el futuro las visitas de los chicos del barrio para contemplar la morada del misterioso y extraño inquilino, que dormía por el día, y cazaba en silencio durante las noches; y que terminarían por arruinarle el sembrado de coles...

¡Qué se sepa, ningún ave, diurna o nocturna, jamás optó por hacer su nido en una col...!

--- --- ---

A mediados de los años 50, Arturo Soto, El Albardeiro, dejó definitivamente el noble oficio de hacer monturas. Se sentía muy viejo, y presentía que sus días tocaban a su fin. Un día, al amanecer, se marchó en silencio, tal como había llegado a As Pontes en aquella lejana fecha del año 1918; dejando en nuestra generación un imborrable recuerdo. ¡Descansen en Paz el ejemplar artesano...!

Chucho Penabad.



Xestcourido SLU
Gestores - Consultores



Casi todo el mundo prefiere lo mejor...

Xestcourido, Profesionales que responden !